

# Crisis de ayer y siempre

Francisco Fuster analiza en un ensayo la obra cumbre de Baroja, 'El árbol de la ciencia' y descubre las similitudes entre la crisis de finales del siglo XIX y el tiempo presente

Juan Manuel de Prada acaba de publicar 'Morir bajo tu cielo' (Espasa), una novela que rinde homenaje a los últimos de Filipinas. Esos quinientos soldados españoles que aguantaron heroicamente durante un año el ataque filipino en un pueblo de la isla de Baler. Perdieron el país que les había pertenecido durante 300 años, que quedaría entonces en manos de Estados Unidos. Mientras, en Madrid, el personaje de Andrés Hurtado, protagonista de 'El árbol de la ciencia', se sorprendía al comprobar que España, país «inepto para la ciencia y la civilización», no era cuna de patriotas exaltados. «Después del desastre de las dos pequeñas escuadras en Cuba y en Filipinas, todo el mundo iba al teatro y a los toros tan tranquilo», leemos en uno de los pasajes de 'El árbol de la ciencia', de 1911, seleccionado por Fuster en 'Baroja y España: un amor imposible' (Fórcola Ediciones).

Una indolencia que podría recordar a la que motivó libros como 'Reacciona', publicado en 2011, meses antes del estallido en Madrid del 15M y las acampadas en la Puerta del Sol cuya continuidad harían pensar en una actitud distinta a la de aquella España del 'turnismo', desapegada de cualquier ideal. Son reflexiones a las que invita este ameno ensayo que se puede leer como un retrato hondo de aquellos años en que al mundo antiguo se le solapa otro nuevo, con las dosis de confusión correspondientes, sobre todo en espíritus sensibles como el de Baroja.

Francisco Fuster (Alginet, 1984) se sumerge en esa época bisagra con el aval de su devoción por Baroja: tesis doctoral sobre 'El árbol de la ciencia' y un sinfín de trabajos como rescador y prologuista de libros con textos de Baroja, pero también de Julio Camba, Rubén Darío o Azorín que han aparecido en los últimos dos años. Plagado de referencias a intelectuales y filósofos como Ortega y Kant, el libro va más allá de la rela-

## REPORTAJE

EDUARDO LAPORTE



ción de Baroja con España y su tiempo y traza un mosaico anímico de esa Europa condenada, como diría Nietzsche, a una «situación interina» en la que parecía que «lo antiguo se perdiera y lo nuevo no valiera para nada». Esto lo dijo el filósofo alemán en 'Humano, demasiado humano', hace 136 años.

### Patriotismo

Así como el Oblómov, protagonista de la novela homónima, creó el arquetipo del hombre superfluo, apático, incapaz de hacer nada con su vida (un poco como el personaje de 'El fuego fatuo', de Louis Malle), en la vida de Pío Baroja encontramos a alguien a quien le costaba estar realmente a gusto en todas partes. Al menos, en esa España de fin de siglo que le tuvo como disgustado estudiante de Medicina y como médico por provincias (Cestona) hasta el abandono definitivo de su profesión. Su álter ego, Andrés Hurtado, narra ese desencanto en 'El árbol de la ciencia', novela publicada hace algo más de 100 años, y en la que el autor vasco metió el bisturí a la sociedad de la época. «Lo civilizado es el mundo, pero su habitante no lo es», es una de las citas, en este caso de Ortega, que encontramos en el libro de Fuster, y con la que a buen seguro se identificaría Baroja.

Tampoco sería él un patriota, ni exaltado ni moderado, durante su juventud ni temprana madurez, sobre todo para no caer en el «falso patriotismo», apunta Fuster, que querían imponer alegremente los políticos de la Restauración. «La corrupción y el nepotismo del sistema canovis-

ta contribuyeron, según el escritor, a que los jóvenes españoles se distanciaran de España y perdieran ese apego a su tierra», leemos en el ensayo. En el prólogo de 1937 de 'Ayer y hoy', Baroja seguía culpando a las clases dirigentes de su época del rechazo hacia lo español: «Esa falta de patriotismo natural de la juventud literaria de mi tiempo no era sólo culpa de ella, sino principalmente de los políticos, que miraban al patriotismo como una maniobra retórica para disimular errores y torpezas».

Porque a pesar de su escepticismo y esa desubicación de flâneur que siempre llega tarde, Baroja no renegó de su condición de español, es más, le gustaba serlo, solo que le deprimía el retraso que padecía. «Yo parezco poco patriota: sin embargo lo soy», dejó dicho en 'Divagaciones sobre la cultura', tal como se recoge en 'Baroja y España...'. «Yo quisiera que España fuera el mejor rincón del mundo y, el País Vasco, el mejor rincón de España. Es este un sentimiento tan natural y tan general que no vale la pena de explicarlo», añade.

### Desavenencias

Parece como si Baroja quisiera amar a su país y no le dejaran. Un amor abierto, sin fronteras, o al menos tan difusas como las que tiene la ensoñación poética, como cuando añoraba esa República del Bidasoa, sin policías, curas ni moscas. A Baroja le duele España por varias razones, una de ellas es por el carácter del español, a quien considera alguien «más sanchopancesco que quijotesco, más pragmático que romántico» y que, a pesar del fracaso de 1898 en Cuba, a lo más entona un conformista «no hay mal que por bien no venga». No podía intuir ni de lejos, que los ideales, bañados de un cainismo marca de la casa, conducirían al país a la guerra fratricida del 36.

Cuando vuelve de Cestona, Guipúzcoa, que en 'El árbol de la ciencia' transforma en el pueblo de Alcolea del Campo,

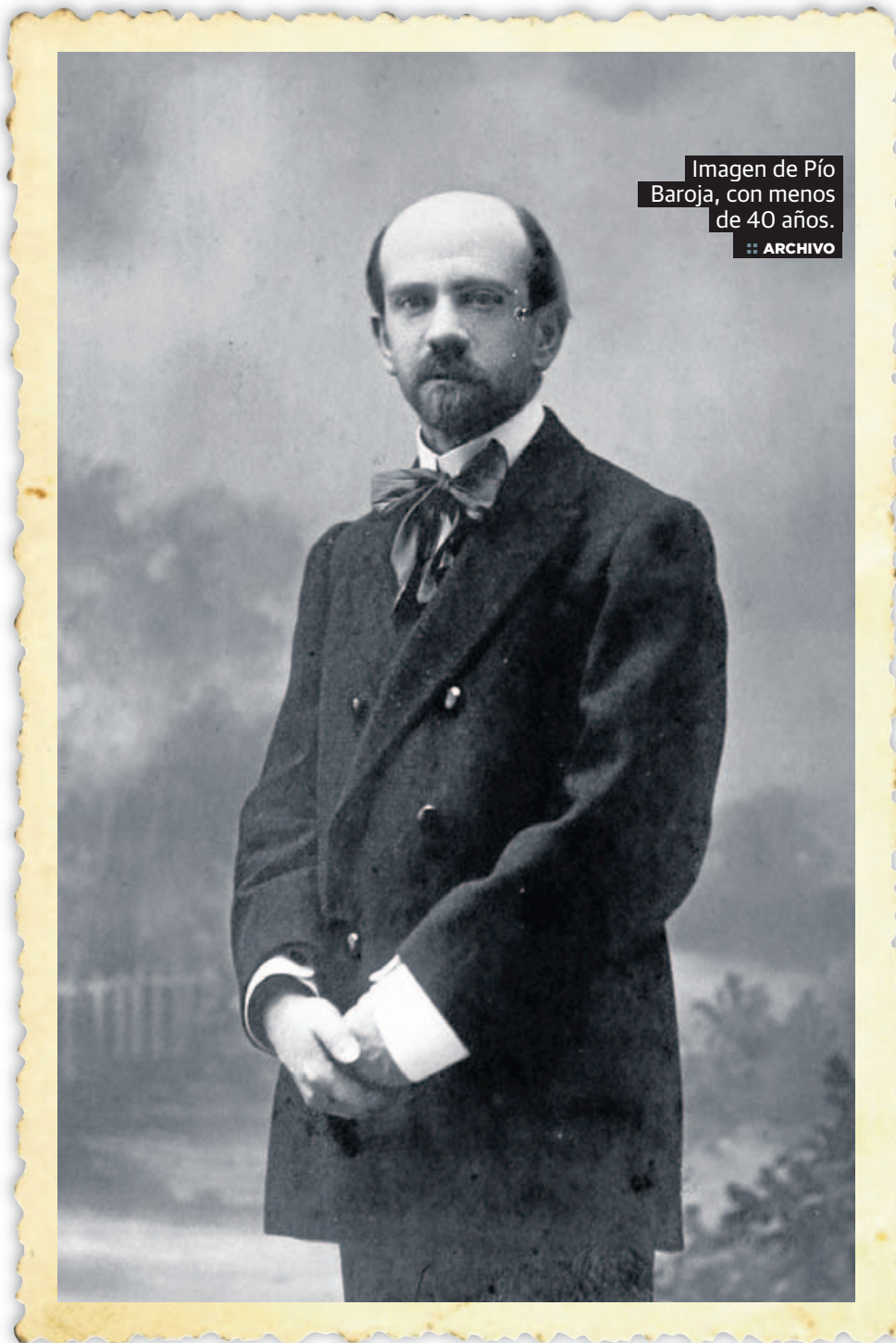


Imagen de Pío Baroja, con menos de 40 años.  
:: ARCHIVO

## UNA FUENTE INAGOTABLE

Baroja no se agota nunca. En noviembre se publica 'Corresponsalia de guerra y otros textos olvidados' en la editorial Caro Raggio, con recopilación y edición de Miguel Ángel García de Juan. Crónicas que este Baroja metido a periodista efímero envió al diario madrileño 'El Globo' durante el mes de enero de 1903, en la guerra civil de Marruecos. Además de esos pequeños textos, con estilo casi telegráfico, una serie de artículos variopintos en los que Baroja se despacha a gusto sobre nacionalismo, el 98, Galdós y un llamativo artículo titulado '¿Qué deben leer las mujeres?'.

Baroja está desencantado de la medicina, de las estampas sórdidas que encuentra en aquel país aún por hacer, pero también con el curso de la política. No niega que haya un caldo de cultivo de ideas, pero dentro de una gran «desorientación» aderezada con lo que para él es una característica típica de la época: la rápida digestión de los ideales. Propuestas políticas que no cuajan en una monarquía parlamentaria que no es ni una cosa ni la otra y que se traduce en una «bancarrotada de los dogmas». No solo de los antiguos, sino también de lo que se presentaba entonces como «hermosas utopías», que en los albores del siglo XX, en su opinión, no tenían el carácter de estables. Tampoco intuía la cristalización del socialismo que cambiaría el curso de la historia en Rusia a partir de 1917, pero en aquella crisis finisecular, en España, la impresión barojiana era de gran volatilidad política. A eso se suman males endémicos como el caciquismo, la soberbia de los políticos, pese a su «monumental ignorancia», y su incapacidad para los cargos que

desempeñan. También lo que Joaquín Costa llamaba el 'sufragio falseado', es decir, votantes a los que no se había enseñado a votar, y a los que no se desataron las manos ni alumbraron el cerebro, según este regeneracionista.

Especialmente sangrante es para un hombre proveniente de la ciencia el retraso del país en cuestiones de investigación. Ese 'que inventen ellos' que salió de la boca de Unamuno, y que Baroja criticaría con fiereza. En su opinión, como apunta Francisco Fuster, donde España demuestra una manifiesta inferioridad con respecto a Europa es en el desarrollo científico. Una apuesta por la investigación que, aunque mostrara los tímidos avances que refleja Sorolla en su cuadro 'El doctor Simarro en el laboratorio' y Ramón y Cajal recibiera el Nobel de Medicina en 1906, no acababa de despegar. Un contexto hostil para ese Pío Baroja que se encarnó en el Andrés Hurtado de 'El árbol de la ciencia', de trágico y simbólico final, y que no pierde actualidad más de un siglo después de su publicación.